

# SIMMEL COMO INTÉRPRETE DE

# LA CULTURA MODERNA

Rafael Farfán

## 1. Una vida en una obra

**D**e Georg Simmel (1858-1918) se ha dicho que es, al igual que Ferdinand Tönnies, el gran desconocido de la sociología moderna. Pero de él también se puede decir, *que sus premisas están muertas pero sus consecuencias conservan vigencia* (Habermas). Y es que a Simmel se le debe uno de los diagnósticos filosóficos de época que sigue presente en muchos de aquellos que discuten con gran intensidad el sentido y vigencia de la modernidad. Por ejemplo con claridad su huella se manifiesta en Adorno y Horkheimer, pero también en Ernest Gellner y Helmut Schlesky o bien en Niklas Luhmann y por supuesto en Habermas. Esta gama tan disímula de pensadores de ayer y hoy participan, lo sepan o no, del diagnóstico de época de Simmel, reproduciendo o negando sus términos. La presencia e influencia de tal diagnóstico es lo que puede autorizar hablar de Simmel como el primer intérprete de la cultura moderna. Sin embargo el diagnóstico de Simmel se funda en una heterogénea y heterodoxa obra que, a su vez, se funde y proyecta en su vida, con-

virtiéndose así en inseparables vida y obra. De ahí, pues, la necesidad de reconstruir algunos fragmentos de la biografía de Simmel.

Como se ha dicho la obra de ciertos escritores y poetas es indisociable de la ciudad en la que vivieron o nacieron: así es como se ligan, por ejemplo, Baudelaire a París, Joyce a Dublín, Musil a Viena o Pessoa a Lisboa. Sin embargo es raro o bien excepcional que tal cosa llegue a ocurrir en la filosofía, pues "ésta busca emanciparse de los lugares y de los nombres propios" (Rochlitz). A pesar de esto se han dado algunos casos en los que se han fundido obra filosófica y espacio urbano, como lo ilustran Walter Benjamin<sup>1</sup> y por supuesto Georg Simmel. Curiosamente en ambos es Berlín la ciudad que aparece como trasfondo de su pensamiento y como fuente nutricia de la experiencia de su existencia. Fue ciertamente en Berlín donde Simmel nació y pasó la mayor parte de su vida, lo que le permitió convertirse a la vez que en actor en expectador de los radicales cambios que ésta ciudad experimentó con el cambio de siglo. Precisamente estos cambios los convertirá Simmel en materia de reflexión a través de sus ensayos y de ahí nacerá su interpretación de la época moderna. Pero comencemos por el principio.

Simmel nació en 1858, en el centro de Berlín, y vivirá en esta ciudad hasta 1914. Durante los 56 años que ahí vivió será testigo de los radicales cambios que hicieron de Berlín una ciudad moderna. Pero sobre todo Simmel es parte de la generación de intelectuales alemanes que se encontró atrapada en medio de los dos períodos históricos más decisivos de la historia moderna de Alemania, cuyas grandezas

y miserias se concentraron particularmente en Berlín<sup>2</sup>. Veamos brevemente cada uno de estos períodos.

El primer período es el que va de 1871 a 1888, durante este tiempo se funda el Imperio y se constituyen el Estado y la nación alemana. La unificación política va unida a una rápida modernización económica, que se expresa en un crecimiento de la industria del hierro y el acero. Esto a su vez conlleva la creación de los primeros grandes centros urbanos y la distribución espacial ligada a la diferenciación social en clases.

El proletariado hace entonces su aparición como una clase "en sí" pero no todavía "para sí", es decir, es largo el camino que tendrá que recorrer para organizarse y empezar a defender sus derechos bajo la forma de sindicatos. Pero si la clase obrera apenas está en ciernes, la burguesía alemana, por el contrario, nacerá muerta en tanto que sobrevive bajo el dominio que ejercen sobre ella la nobleza terrateniente, la alta jerarquía militar y la burocracia estatal, cuyos nexos consanguíneos tejen una apretada red de intereses comunes. Esto explica, a su vez, la permanencia de una estructura política tradicional en la que se mantienen intactas las esferas de poder que detentan los grupos y estamentos tradicionales. Todo este cuadro es el que hace posible hablar, para la Alemania de este período, de una modernización conservadora, en la que se funden en una coexistencia contradictoria procesos económicos de cambio con permanencia de estructuras de poder.

El segundo gran período es el que va de 1888 hasta los comienzos de la Primera Guerra mundial, es decir, 1914. Este tiempo histórico es el de Guillermo II y el que vivirá Simmel a

través de los cambios que experimentará Berlín. Durante este período se acentúa la gran contradicción que sintetiza la modernización conservadora bajo la que se formó el Estado nacional alemán. Es decir, una modernización económica acelerada coexistiendo con



Fotografía: Charles Kerlee y Frances Jeter

un gran atraso político y social y una enorme riqueza cultural. Ciudades como Berlín se convierten entonces en zonas urbanas en las que se manifiestan con agudeza las contradicciones que produce la modernización industrial y la miseria social conviviendo con inéditas manifestaciones culturales. Algunos datos ayudan a visualizar mejor este cuadro. Por ejemplo, hacia 1900 Berlín cuenta con 300 000 instalaciones industriales, tanto como Baden y Württemberg juntos. Y en comparación a Dresde la deja atrás en producción de cigarrillos y de cerveza. Para 1914 circulan en las calles asfaltadas de Berlín 7000 automóviles, y los múltiples accidentes que provocan obligan a crear los primeros semáforos que regulan el paso de los autos. Pero Berlín es también la ciudad de las primeras salas de cine, los

teatros, los restaurantes y los cafés en los que bulle una intensa vida nocturna. La otra cara de la moneda de esta modernización urbana impresionante es, sin embargo, el amontonamiento de barracas, tugurios e inmuebles insalubres en los que vive fundamentalmente la clase obrera o los desempleados. Sin duda un sitio en Berlín que sintetiza el microcosmos de miserias e insultantes contrastes sociales es la plaza Alexander o Alexanderplatz, inaugurada en 1805 por Federico Guillermo III con motivo de la visita del zar Alejandro I. Ahí es donde, con el comienzo del siglo XX, se reúnen la criminalidad, la miseria, la prostitución y el vandalismo, pero también se manifiesta la distinción de la riqueza y la posición social<sup>3</sup>. En esta ciudad de contrastes y contradicciones es que nació y se formó Simmel, y la materia de su obra se alimentará de los cuadros impresionistas que forman la rapidez de la agitada vida moderna urbana.

Aunque Simmel empezó sus estudios por la historia, la etnología y la psicología es hacia la filosofía que orientará de manera definitiva sus pasos. En esta disciplina obtiene su doctorado en 1881 con una singular tesis titulada, *Descripción y valoración de las diversas opiniones de Kant sobre la naturaleza de la materia*. Sin embargo a pesar de haber publicado en vida 25 libros, de haber colaborado en periódicos y revistas internacionales como la *American Journal of Sociology* o bien *L'Anne Sociologique* (revista fundada por Durkheim), y de haber contribuido a la fundación de la Asociación Sociológica Alemana (junto con Tönnies y Weber), todo esto no fue mérito suficiente como para haber logrado un reconocimiento a su trabajo académico. Múltiples obstáculos se

interpusieron en su carrera universitaria, en los que se reúnen la discriminación racial y la envidia, que unidos todos ellos nos permiten comprender por qué tardó tanto tiempo en obtener una cátedra universitaria (hasta el año de 1914) y no en Berlín sino en Estrasburgo, ciudad que hasta su muerte detestó. Luego es pertinente preguntarse ¿qué fue lo que obstaculizó tanto la carrera académica de Simmel como el reconocimiento a su trabajo publicado?

Sin duda su origen judío es un factor importante, que en un medio como el de la Universidad de Berlín se pagaba caro en tanto que era un centro del conservadurismo alemán<sup>4</sup>. Pero a esto es preciso añadir tanto el inclassificable trabajo de Simmel (que se desplaza entre la filosofía, la psicología y la sociología) como el estilo que escogió para expresarlo, esto es, por medio del ensayo, que para el conservador mundo académico alemán aparecía no tanto como incomprensible como inaceptable.

Así, para la comunidad filosófica sus trabajos publicados eran evaluados más que nada como contribuciones importantes a la fundación de una nueva ciencia social, la sociología, disciplina para la que existían fuertes rechazos. Por otro lado, la popularidad de su figura, resultado de las conferencias públicas que impartía así como de los copiosos artículos que escribía para diversos diarios berlineses, despertó la envidia y el recelo principalmente de sus colegas universitarios. Por último, sus ensayos sociológicos fueron duramente criticados por figuras de la talla de Tönnies y Weber, en tanto que ambos los consideraron como insuficientemente científicos<sup>5</sup>. Pero remitiéndonos exclusivamente a

la obra, es importante tratar de aclarar los motivos por los cuales Simmel eligió el ensayo como medio de comunicación de sus ideas, a pesar de que estaba consciente de las dificultades que le provocarían esta elección.

## 2. Estilo y pensamiento

Tanto la forma ensayística que Simmel eligió así como la diversidad temática que distingue a sus ensayos<sup>6</sup> son el resultado de su concepción sobre la naturaleza de la sociedad, que para él imponía no sólo una manera de conocerla sino también de tratarla y expresarla. Aclaremos en qué consistía esta concepción.

Simmel asume que no se puede empezar por postular la existencia de la sociedad como una realidad sustancial previa al individuo, como algo ya dado y que después se empieza a conocer. De forma contraria al espíritu positivista con el que nació la sociología a través de Comte y Durkheim, Simmel sostiene una concepción atomista e interaccionista de la sociedad que hace de ella un todo complejo diferenciado, en el que se tejen múltiples interacciones a través de las acciones que llevan a cabo los individuos. La fundamentación filosófica de esta visión de la sociedad la elaboró en su

tesis de doctorado, en donde escribió lo siguiente:

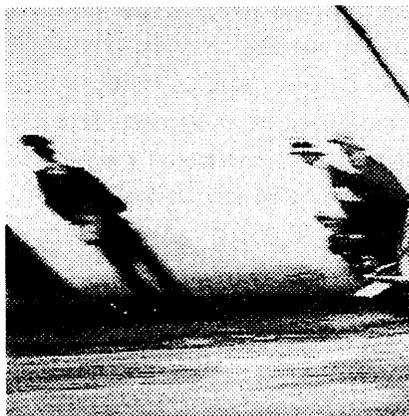
Si la materia surge de energías o fuerzas [...] entonces no deberíamos considerarlas como sustancias puramente posibles sobre las cuales otras energías pueden ejercer su libre acción recíproca [...] sino como un proceso continuo [...] una entidad que surge.

Para Simmel la realidad social no es distinta a la realidad natural, por lo tanto es el resultado de esas diversas interacciones que entablan los individuos y de cuya acción concertada surgen grandes entidades sociales y políticas como la familia o el Estado.

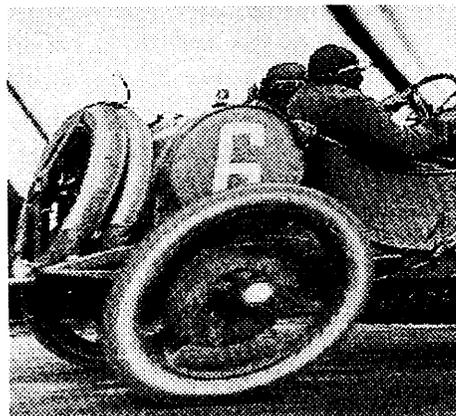
En síntesis, para Simmel sólo existen los individuos y sus acciones, no entidades sustanciales previas a ellos. Esto explica que haya escrito lo siguiente en *Sociología* (1908):

La sociedad existe allí donde varios individuos entran en acción recíproca. Esta acción recíproca se produce siempre por determinados instintos o para determinados fines.

En conclusión, a la kantiana pregunta que Simmel se hace precisamente en *Sociología* sobre ¿cómo es posible la sociedad?, él mismo responde afir-



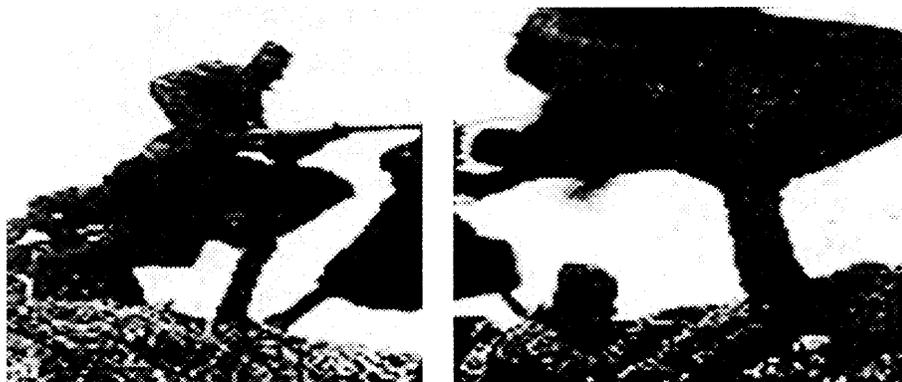
Fotografía: Jacques Henri Lartigue



mando que la sociedad sólo es posible por las diversas e intensas interacciones que entablan los sujetos en su tráfico cotidiano y que generalmente pasan desapercibidas para la mirada sociológica que fija su atención sólo en los grandes fenómenos. Si se acepta esta premisa de partida, entonces se está preparado para comprender la

Berlín de 1900, aunque se ignoraron mutuamente .

Si se ha entendido la visión que Simmel elaboró de la sociedad, y si a su vez esto logra explicar tanto el carácter inclasificable de su obra como el estilo que eligió para expresarla, entonces se puede ya entrar a la interpretación de la modernidad que nos



Fotografía: Dimitri Baltermants

heterogeneidad temática de los ensayos de Simmel. Pues la moda, la comida, la ciudad o el dinero no son para él más que cristalizaciones fenomenológicas de las muchas interacciones a través de las cuales se produce la sociedad. Son como pequeños espacios cuya constante reproducción determina la permanencia o extinción de una sociedad determinada. Y el ensayo es el mejor medio para expresar la existencia de estos micro-universos porque a través de su yo es como se puede provocar en el lector el efecto de una realidad al mismo tiempo que presente pasajera, como si fueran imágenes impresionistas que nos hablan de una realidad fugitiva, que sólo se actualiza en el instante en que aparece para después desaparecer.

Es como si Simmel fuera el equivalente en la sociología de lo que el impresionismo fue en la pintura, ambos por cierto contemporáneos en el

legó y que se puede leer como diagnóstico de una época, nuestra época todavía por cierto.

### 3. Diagnóstico de nuestro tiempo

Lo primero que es preciso establecer es que el diagnóstico de Simmel se encuentra atravesado por una gran ambigüedad, ya que al mismo tiempo que reconoce que la modernidad se impone al costo de la disolución de relaciones sociales tradicionales, que son ya irrecuperables, por otro lado asume que sólo de la misma modernidad pueden nacer los medios que reconstituyan el tejido social destruido, aunque no establece claramente cómo puede ser posible esto. Así, pues, no se trata para él de analizar las grandes contradicciones que la modernidad ha producido con la intención de proponer una superación de ella por vía de un regreso a un pasado tradicional. En tal sentido Simmel no

incurre, como Tönnies, en el extremo de idealizar un pasado (la "comunidad" frente a la "sociedad") que sabe está definitivamente cancelado. Sin embargo, en él no es suficientemente claro cómo se podrían superar las contradicciones que la modernidad produce con los propios medios de ésta (más adelante tendremos oportunidad de analizar esta paradoja examinando el caso del dinero). Ahora es importante detenerse a tratar con detalle su diagnóstico de época tematizado bajo lo que él llamó el *carácter trágico de la cultura moderna*.

Para Simmel nuestro tiempo está fundado en una herida que se manifiesta bajo la forma de una escisión: por un lado vivimos en una sociedad que guarda una gran capacidad de producción de bienes culturales, y que se manifiesta en lo que Hegel llamó espíritu objetivo (es decir arte, cultura y filosofía); pero por otro lado, y de aquí nace la tragedia de nuestro tiempo, la capacidad de apropiación espiritual del hombre de estos bienes es menor que su creación, es decir, el hombre es incapaz de asimilar espiritualmente en la misma medida lo que produce, lo cual da lugar a un conflicto: mientras más cultura crea el hombre más se le escapa de las manos lo que él ha creado, al extremo de que las cosas adquieren vida propia en tanto que la vida humana que les infundió un sentido queda atrapada en la fría forma de esos objetos. De ahí que Simmel haya escrito lo siguiente:

el carácter de fetiche que Marx adscribe a los objetos económicos en la época de la producción de mercancías es sólo un caso peculiarmente modificado de este destino general de nuestros contenidos culturales.

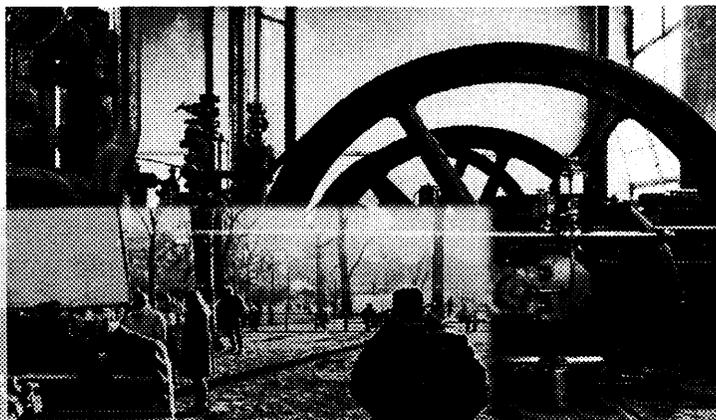
Esto lo escribió Simmel en un ensayo de 1899 ("El concepto y la tragedia de la cultura"), y mucho antes que Weber y la Escuela de Frankfurt, extiende ahí el análisis de Marx del fetichismo de la mercancía para comprender los fenómenos de la cultura como expresiones cosificadas de las acciones humanas. Para Simmel, pues, nada de lo que ahora se produce contribuye al cultivo del hombre, es decir, a la apropiación de un objeto cultural exterior para el crecimiento de su espíritu interior, pues los objetos se oponen a los hombres como seres animados de una vida propia. Sin embargo el carácter trágico de la cultura no se limita a esta separación que Simmel identificó como la escisión entre el "alma" y las "formas". Va más allá de esto, en tanto se produce una alienación del espíritu del hombre a través de su sometimiento al imperio de esas cosas dotadas de vida propia. Las relaciones humanas mediadas por objetos fundan su sentido a través de éstos, y en la medida en que el objeto desaparece, por medio de su consumo como mercancía, se extingue la interacción humana entablada por medio de ella. Así es como nacen relaciones tan transitorias, fugaces y egoístas como los

objetos que median en la constitución de una interacción. Tal es caso del mercado como espacio social generador de esta clase de interacciones y del dinero como objeto tópico de intermediación en el que se concentran la impersonalidad y fugacidad de las interacciones que se tejen en la sociedad moderna. Lo que Weber identificó con la imagen de la "jaula de hierro", como destino al que apunta la sociedad moderna, en Simmel aparece bajo la forma de un diagnóstico de nuestra época en la que las relaciones sociales se han cosificado debido a que se encuentran dominadas por objetos y por uno en especial, el dinero. Y es aquí donde el diagnóstico de Simmel proyecta su actualidad, en tanto que describe un mundo que hoy, más que nunca, es el nuestro, en el que las relaciones humanas tienden cada vez más a ser dominadas y orientadas por el mercado y en el que las acciones se encuentran orientadas por el frío cálculo utilitarista. Sin embargo y como ya se mencionó, Simmel no pudo encontrar respuesta a los dilemas producidos por la separación entre el "alma" y las "formas" salvo bajo los mismos medios que producen tales dilemas. Aquí es donde se concentran los límites que encierran

el diagnóstico de época de Simmel en la visión desencantada de un filósofo del siglo XIX.

#### 4. Balance crítico de un legado intelectual

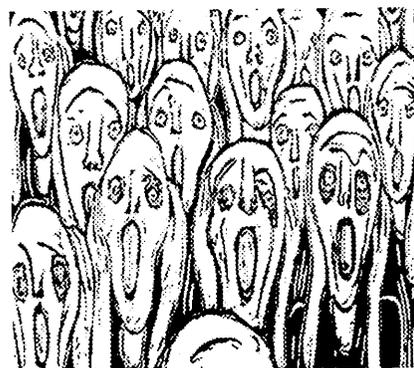
¿Cuál es el legado que dejó el diagnóstico de Simmel y a partir del cual se sitúan los que hoy han continuado el camino que él fue el primero en abrir?, ¿cómo superan los herederos de tal diagnóstico las paradojas en las que éste se hunde? Posiblemente el primer balance de la herencia que Simmel dejó consiste en leer sus múltiples ensayos como *una descripción fenomenológicamente exacta del estilo de vida moderno* (Habermas). Es decir, a través de sus ensayos Simmel nos legó una serie de cuadros impresionistas en los que se recogen la fugacidad de aquellas relaciones que cotidianamente sostenemos y que muchas veces hacen posible un encuentro "cara a cara", es decir, un encuentro a través del reconocimiento como personas con biografías y no simplemente como funciones o cargos que representar. Sin embargo, también hay que reconocer que en este legado intelectual no siempre aparece con claridad una evaluación crítica de lo que se describe, y aquí pienso en particular en una obra de Simmel tan importante como lo es su *Filosofía del dinero* (1900), obra en la que aparecen con claridad aquellas paradojas de las que antes se habló y que ahora quiero analizar. Para Simmel el dinero es el símbolo más claro del tipo de interacciones que se han constituido en la sociedad moderna: se trata de relaciones de intercambio en las que el dinero actúa como medio para alcanzar ciertos fines. Los sujetos en su acción se



Fotografía: Imogen Cunningham

guían por el poder que representa poseer este medio y por ello se esfuerzan en obtenerlo. Al quedar sujetas a este símbolo, las relaciones se liberan de las ataduras tradicionales que las sometían a un espacio y tiempo determinado para adquirir la universalidad y la impersonalidad que caracteriza al dinero como medio general de intercambio. Esto representa para Simmel una conquista de la modernidad que hace posible una libertad de acción que en ninguna sociedad anterior se conoció y que por lo tanto debe ser preservada. Sin embargo por otro lado reconoce que de medio el dinero se ha transformado ya en un fin en sí mismo, lo cual conlleva también un cambio en el sentido de la acción social: los sujetos ya no buscan poseer el dinero como un medio para obtener ciertos fines sino como un fin en sí mismo que les da poder, y en consecuencia las interacciones adquieren la forma de relaciones estratégicas en las que se lucha por dominar—controlar la conducta del otro. Cuando esto ocurre, las interacciones y las acciones se instrumentalizan y adquieren la forma de intercambios mercantiles, en consecuencia, la sociedad tiende a convertirse en un inmenso supermercado en donde intercambian oferentes y demandantes y las acciones colectivas concertadas son el resultado de la simple agregación de intereses utilitarios. Para Simmel es claro que cuando la sociedad moderna se acerca a este umbral está próxima a caer en lo que Durkheim llamó "anomia" y con lo cual se refería a la desintegración de las relaciones que la cohesionan y la mantienen unida. Desde esta perspectiva Simmel es el primero en haber identificado las causas que originan el fenómeno de la cosificación

de las relaciones sociales, y por ello fue también el primero en extender el análisis del fetichismo de la mercancía de Marx hacia esferas no económicas de la sociedad. Sin embargo al mismo tiempo Simmel no puede trascender las contradicciones que él mismo reconoce produce el dinero como símbolo universal de las relaciones de intercambio en la sociedad moderna. Vale la pena hacer una breve digresión sobre este punto. Ha sido Habermas quien a través de su esquema diferenciado entre sistema y mundo-de-vida ha tratado el tema de las distintas lógicas de acción social que producen la integración de la sociedad moderna. Bajo la perspectiva del sistema y por ende del observador, la sociedad aparece bajo la forma de la institucionalización de las formas de acción social o bien en relación a fines o instrumentales o bien estratégicas. Desde la perspectiva del mundo-de-vida o del actor,



Frances Jetter

la sociedad aparece bajo la forma de las interacciones que cotidianamente se tejen, en las que actúan procesos de reconocimiento intersubjetivos y de formación de la identidad no funcionales, fundados en normas con pretensiones de validez universal. Pues bien, Habermas al igual que Simmel reconoce que la historia de la formación de las sociedades modernas ha caminado, hasta ahora, en el sentido de la destrucción de las formas de vida tradicionales por el sistema (a través de medios como el poder y el dinero). Sin embargo, también asume Habermas que los mundos de vida generados por las sociedades modernas (y que en parte son una reconstitución de formas de vida tradicionales), en los que se han constituido las relaciones que se resisten a ser guiadas por fines utilitarios o estratégicos, se encuentran a merced de la expansión de los sistemas, es decir, de ser colonizados por medio del dinero y el poder. O dicho de otro modo, Habermas al igual que Simmel reconoce el poder del dinero como medio simbólico generalizado y por ende los efectos que conlleva su penetración en ámbitos constituidos por una lógica de acción no instrumental ni estratégica. Pero a diferencia de Simmel no acepta que la resistencia a esta forma de dominio que produce la expansión del dinero tenga que venir del mismo dinero sino del medio que constituye el sentido de las acciones sociales colectivas del mundo de vida y al que identifica con el concepto de *solidaridad*. En conclusión, a la cosificación generada por el dinero no se puede responder con el mismo medio que es el responsable de la desintegración de la sociedad sino con el fortalecimiento del sentido de la acción social que hace posible la constitución



Fotografía: Bobbi Carrey

factible pensar, como lo propone Habermas, un esquema de interacción distinto entre sistema y mundo-de-vida bajo el cual se puede trazar un rumbo distinto a los procesos de modernización seguidos hasta ahora por los países occidentales. Concluyendo el balance del legado de Simmel, su diagnóstico de época logró penetrar en uno de los fenómenos en los que hoy se condensan parte de las grandes contradicciones de la sociedad moderna. Es decir, la transmutación que provoca el dinero cuando penetra en los más diversos ámbitos de la existencia humana, empezando por el espíritu del hombre. Desde ahí, Simmel aparece como un consumado psicólogo del alma del hombre moderno cuando con detalle y paciencia describe ante nosotros las pasiones y rencores que provoca el dinero al posesionarse de nosotros. Como si fuera un escritor costumbrista recrea ante el lector cuadros de miserias humanas en los que el dinero finca su dominio y somete a sus dictados a los hombres, convirtiéndolos en tristes marionetas suyos. Nada escapa a su poder y dominio, extendiéndose como un silencioso invasor. Pero al mismo tiempo Simmel

fue incapaz de identificar o intuir el camino que nos puede ayudar a superar las patologías que produce la expansión y penetración del dinero, y en este sentido aparece como un hijo natural del siglo XIX. Con esto me refiero a lo siguiente. A pesar de la agudeza que muestra tener su diagnóstico de época, Simmel está del lado en el que se sitúan todos aquellos intelectuales alemanes decimonónicos que vivieron su impotencia política bajo la forma de una sobrevaloración de las potencialidades del intelecto que los condujo o bien a depositar en el concepto o en el arte las fuerzas del cambio social. O como lo dice Habermas, una alienación del espíritu tan honda como la que Simmel reconoce priva a su diagnóstico de cualquier tipo de conclusión práctica, encerrándolo en los límites de la frustración intelectual. Para superar tanto el pesimismo de Simmel como las contradicciones en las que navega su diagnóstico de época es necesario cambiar de visión y de perspectiva. Pero esto es ya otra historia, que desde hace tiempo se viene escribiendo a través de nombres como el de Habermas.

#### NOTAS

1 Como testimonio de la imborrable experiencia urbana que vivió, Benjamin escribió *Infancia en Berlín hacia 1900* (1982), que es al mismo tiempo un texto de carácter autobiográfico.

2 La fecha oficial de fundación de Berlín es la de 1237 y tendrán que pasar muchos años antes de que se convierta en una ciudad moderna. Es bajo el dominio del Gran Elector, Federico Guillermo, de Prusia, que Berlín inicia su proceso de formación como gran ciudad. Bajo su reinado es que se pavimentan las calles y se introduce el alumbrado. Así es como en 1697 Berlín alcanza los 22 000 habitantes. Más tarde, de Federico II a Guillermo II, la ciudad va tomando cuerpo en población, edificios y monumentos. En el lapso de siglo y medio Berlín entra en la era industrial. A finales del siglo XIX la ciudad cobija a más de un

millón de personas de las que una cuarta parte son de origen eslavo (Richard, 1993; pp. 17-18).

3 Toda esta información la he tomado del excelente ensayo de Lionel Richard, "Berlín: Una identidad contradictoria" (1993), que es el prólogo a la magnífica obra colectiva, *Berlín, 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad* (1993).

4 La Universidad de Berlín se fundó en 1810 bajo el reinado de Federico Guillermo III, que le dió su nombre y con quien se convertirá en un modelo para el resto de las universidades europeas. Sin embargo, de la misma forma que se reúnen ahí el talento y la investigación también se concentra el racismo y el conservadurismo, al extremo de que bajo la República de Weimar la Universidad de Berlín concentra la mayor oposición intelectual a la república democrática. Para más detalles consúltese de Dominique Bourel, "Los mandarines contra la democracia" en la obra colectiva, *Berlín 1919-1933* (1993).

5 Max Weber dejó un escrito inconcluso dedicado al examen crítico de la sociología de Simmel, "Georg Simmel como sociólogo", publicado en *Sociológica* no. 1.

6 Se trata de ensayos en los que aborda temas como la moda, el viajero, el extranjero o bien la ciudad, la comida, el puente, la puerta y por supuesto el dinero.

#### BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter (1982). *Infancia en Berlín hacia 1900*, Madrid, Alfaguara.

Bourel, Dominique (1993). "Los mandarines contra la democracia" en, *Berlín, 1919-1993*, Madrid, Alianza.

Frisby, David (1990). *Georg Simmel*, México, FCE.

-(1988) "Georg Simmel: Primer sociólogo de la modernidad" en, *Modernidad y Postmodernidad*, Madrid, Alianza.

-(1992) *Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, Madrid, Visior.

Habermas, Jürgen (1988). "Simmel como intérprete de la época", epílogo a, G. Simmel, *Sobre la aventura*. Ensayos filosóficos, Barcelona, Península, 1988.

Lohmann, Georg (1991). "La confrontación de Georg Simmel con una metrópoli: Berlín" en, *Critique*, agosto-septiembre 1991.

Rochlitz, Rainer (1991). "El Berlín de Benjamin" en, *Critique*, agosto-septiembre 1991.

Richard, Lionel (1993). "Berlín: una identidad contradictoria" en, *Berlín 1919-1933*, Madrid, Alianza.

Simmel, Georg (1986). *El individuo y la libertad*. Ensayos de Crítica de la cultura, Barcelona, Península.

-(1988). *Sobre la aventura*. Ensayo filosófico. Barcelona, Península.

(1986). *Sociología*. Madrid, Alianza.

-(1977). *Filosofía del dinero*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

Weber, Max (1986). "Georg Simmel como sociólogo" en, *Sociológica* no.1, 1986.



Imágenes tomadas de la Enciclopedia *Historia del Arte*, Salvat Editores de México, S.A.